

GLOBALIZACION Y POSTMODERNIDAD

Michel Mujica Ricardo

Ante todo quiero expresar mis agradecimientos por el hecho de participar en estas Jornadas de reflexión, conmemorativas de los 30 años de la clausura del Concilio Vaticano II. Sin lugar a dudas, este evento me hace recordar la frase de un dignatario de la Iglesia, cuyo nombre no me viene a la mente, que expresó que: *“el cristianismo está en la historia, pero la historia también está en el cristianismo”*. En estos finales de un siglo que fenece, la frase anterior adquiere plena vigencia y legitimidad, en una era de las diferencias pero a su vez anhelante de universalidad y referencias solidarias.

Advertiré a los oyentes que, para los propósitos de esta ponencia, el término posmodernidad arroja muchos sentidos, y no pienso ofrecer ni pretendo conocer en profundidad una temática tan amplia y compleja, como tampoco pienso ofrecer hallazgos parciales sobre algunos aspectos diferenciadores de ésta. Ni siquiera esbozar conceptualizaciones alternativas a las ya conocidas sobre lo moderno y lo postmoderno, que han invadido el terreno de las ideologías, la cultura y el saber. Pero sí nos atrevemos a testificar que en lo tocante al saber, el mundo postmoderno se nos presenta como un universo negador y crítico de cualquier pretensión de superioridad de un determinado modo de saber en las sociedades contemporáneas; para ser más exactos, la postmodernidad es, por un lado, el símbolo postrero de la modernidad que como Jano, Dios primitivo de los romanos, tiene una doble cara: una que mira hacia adelante y otra hacia atrás. Es un Dios ambivalente: por un lado, traduce críticamente los aspectos positivos de la modernidad, y por el otro, expresa el caos propio del mundo en que vivimos. Y así, a juicio de un pensador *postmoderno*, es allí “...en este relativo «caos» [que] residen nuestras espe-

ranzas de emancipación” (Vattimo, 1990: 12-13).

Dos órdenes de problemas orientarán mi exposición: el primero, estará dedicado a extraer algunas consecuencias centrales, a mi parecer, de los cambios operados en la economía, bajo los efectos de la globalización y la pérdida de la centralidad y sentido del mundo del trabajo; el segundo, estará orientado a plantear algunos efectos negativos del discurso diferenciador y particularista de la conciencia posmoderna: la xenofobia y las nuevas modalidades del racismo.

Abriendo un paréntesis, recordaré que Derrida, filósofo francés, ha planteado que todo discurso es un montaje intencional y no una simple traducción o reflejo de la realidad. Explicar el cambio de las ideas como una simple consecuencia derivada de los cambios o transformaciones que se dan en las sociedades, es simplificar las cosas. Toda interpretación de la realidad es selectiva: recupera ciertos elementos y abandona otros. En otras palabras, es un juego de presencias y ausencias. Este recurso presente en los avatares de todo acto discursivo que asumo plenamente, es igualmente asimilable a las transformaciones y cambios acaecidos en América Latina y, en el caso particular de Venezuela, hemos presenciado en estos últimos diez años -para colocar una fecha- gobiernos orientados por lineamientos económicos, cuyos propósitos eran el desmantelamiento del poder económico del Estado, o por lo menos, buscaban nuevos modos de articular las relaciones entre política y economía. Los vientos neoliberales no se limitaban solamente a Chile, México, Argentina, Perú y Bolivia; su presencia se manifestaba en una u otra forma en el resto del continente. Hacia finales de los ochenta y comienzos de los noventa pareció que un *porvenir radiante* sustentado en la libertad individual y en la economía de mercado, era, sin lugar a dudas, la acometida impetuosa de una mano no tan invisible.

Cabe reconocer que las consecuencias de tales orientaciones nos acercaron a ceremonias sociales de degradación, en donde los rituales de desclasamiento social despojaron de sus vestiduras y de su constelación de valores conectados con el mundo del trabajo y del mercado a millones de personas en escala latinoamericana y planetaria. Numerosos contingentes derivados del fenómeno del nuevo pauperismo entran en *legítima competencia* por ocupar los espacios sociales de los viejos pobres.

Retrocedamos en el tiempo para evitar el choque del presente. Recordemos

que algunos de los rasgos de un grave problema como el de la pobreza, que no ha sido resuelto ni en los países orientados por el desarrollo de una modernidad triunfante, como tampoco en aquellos -nuestros países- orientados por desarrollos hacia una modernidad. Estos, históricamente, “no fueron sino eufemismos para continuar procesos de colonización bajo otras formas” y no han logrado superar este difícil escollo de nuestra histórica y presente condición humana.

¿Cuáles son las referencias para evaluar las bondades o desventuras de los modelos de desarrollo? Y perdonen el uso reiterado de las valoraciones. La pobreza y las nuevas formas de pauperismo, las desigualdades y los fenómenos de la desocupación son ejemplos que deben ser considerados en sus propias articulaciones. Reconocemos, ante el surgimiento de las nuevas formas de pauperismo, la urgencia de contemplar el trabajo desde una perspectiva social y, ante los excluidos de la modernidad, presentar medidas concretas de actuación y autoorganización en aras de la solidaridad social.

De cualquier manera, toda transformación de las condiciones de pobreza de una parte asaz significativa de la población de nuestro continente está entrecruzada de observaciones, críticas y dudas acerca del presente. Nuestra valoración de esta convulsionada realidad, en donde las loas a la globalización ocultan profundas miserias humanas, obliga a preguntarnos por lo menos dos cuestiones: ¿es que aparentemente no existe relación entre las persecuciones a los sindicatos en el paraíso de los *dragones asiáticos* y la ineludible razón de exportar? ¿No existen conexiones en el rechazo de un gobierno y de gran parte de su población entre no aceptar refugiados haitianos y aceptar sin titubeos una *inmigración selectiva de origen europeo* ?

Las viejas y nuevas formas de pobreza están estrechamente conectadas a la modernización. Esta significa, en el plano de la realidad material, la concentración de capitales y la incorporación de nuevas tecnologías. Este hecho conduce a que una parte cada vez mayor del capital se convierta en medios de producción y una parte cada vez menor en fuerza de trabajo. En las economías latinoamericanas han surgido formas de organización del trabajo distintas al modelo tradicional del asalariado estable. Tal es el caso del sector informal excluido o vinculado de modo subalterno al área moderna de la economía.

Asimismo, nos encontramos ante la presencia de una sociedad dual. La

primera, enmarcada y orientada por una escala de valores que se precia y complace en pensar y legitimar su presencia por medio de las ideas de rendimiento, eficacia, responsabilidad e iniciativas individuales. En cambio, el reverso de este modelo lo podemos ubicar en un sector informal, que conjuga un entreverado y complejo sistema de relaciones sociales y mercantiles, realmente inédito, que opera en el mundo de los servicios y en amplios sectores de la producción.

En tal sentido, estimo que el problema central de las sociedades capitalistas actuales - no importa cuáles sean sus modalidades de desarrollo y las formas particulares que adopten en su articulación entre política y economía, globalización y estados nacionales - reside en que, por un lado, debe garantizar un modelo de acumulación fundado en la privatización de capitales y en la incorporación de nuevas tecnologías, y, por el otro, avalar la aceptación de tal modelo de desarrollo ante la mayoría de la sociedad. En la actualidad asistimos a la producción de una separación entre ciudadanos de primera y ciudadanos de segunda. Los primeros pertenecientes al sector moderno de la economía, y los segundos al sector informal de ella. Igualmente, debemos agregar que estamos ante la presencia de una escisión entre las exigencias sistémicas del capitalismo contemporáneo y los nuevos valores culturales de una economía de consumo y servicios que adopta una forma generalizante en las economías latinoamericanas, bajo la denominación de sector informal. Esta escisión nos plantea nuevas modalidades de integración social, ya que niega en muchos sentidos los valores sustentadores del capitalismo moderno, orientados por la centralidad del trabajo productivo en la economía.

Adentrándonos en el segundo orden de problemas, podemos constatar que el discurso diferenciador posmoderno reivindica la idea de territorialidad y coloca la idea de la autonomía del grupo en su podio más elevado. A juicio de Victoria Camps, puede ser una respuesta a la necesidad de cohesión e identificación que la democracia sola no resuelve ni facilita. Y agrego, la globalización y el mercado perturban. Porque en fin de cuentas, hemos conocido muchísimos Sarmiento, Vallenilla Lanz, Zumeta y Alberdi, que son reencarnaciones del positivismo francés en tierras americanas, trasmutados en las figuras de un prefecto, alcalde, o de un ministro de relaciones exteriores de cualquier país latinoamericano. Toda coincidencia con ideologías del desarrollo decimonónicas y coloniales es pura casualidad.

Que de este caótico mundo se desprenden las condiciones de esperanzas de nuestra propia emancipación? Puede ser posible. Sin embargo, a modo de ejemplo, no podemos olvidar que, ante la inestabilidad y crisis de los Grandes Relatos de la modernidad, el pensamiento postmoderno propone el disenso frente a los valores universales, y exalta la multiplicidad de lenguajes, como única base consensual para proyectos diferencialistas y fragmentarios.

Esta propuesta que promueve la idea de diversidad, del respeto a las diferencias, puede ser igualmente una fuente de legitimación de desigualdades, no tan sólo sustentadas en la idea de raza, sino también en nuevas formas de racismo, revestidas de factores culturales, nacionales y regionales. La introducción en nuestro vocabulario del término *diferencia* tiende, la más de las veces, a ocultar los mecanismos jerárquicos y desiguales que grupos nacionales, regionales y locales, desarrollan para recrear un discurso consensual y legitimador de sus virtudes, en una suerte de endofilia que se precia de hecho y a veces de derecho, en sustituir el discurso diferenciador en su contrario: un discurso homogeneizador de los individuos y de la cultura.

Ejemplos sobran: el Frente Nacional de Le Pen en Francia, la Liga Lombarda en Italia, los nuevos nacionalismos surgidos de las cenizas del extinto bloque soviético, los movimientos fundamentalistas del mundo musulmán, la cruzada neoconservadora de sectores del partido republicano en los Estados Unidos, la guerra peruano-ecuatoriana, entre otros, son manifestaciones palpables y evidentes de que la semilla de la xenofobia y del racismo, ha cambiado su envoltura, sin cambiar en ningún momento los fertilizantes que le dieron origen.

Vivimos en un mundo en que los valores ordenadores de la sociabilidad primaria de los hombres están orientados por las ideas de territorialidad, etnia y nación, y, aunque nos parezcan inconcebibles e irracionales estos valores presentes en la actualidad, tenemos que convivir con ellos. Elaborar líneas de reflexión o nuevas formas de fusión entre acción, conocimiento y modos de socialización, es urgente y necesario, porque de no hacerlo, caeríamos en un discurso universalista, vacío de todo contacto y comprensión ante fenómenos tan irritantes pero presentes, como son todos aquellos apoyados en las ideas de prejuicio y exclusión.

En cierto modo, hoy asistimos al fracaso del proyecto de la modernidad en algunos aspectos que consideramos decisivos. Pero este fracaso no debe con-

ducirnos a desconocer los legados de la modernidad, expresados en el proyecto ilustrado. No obstante que la supresión del mercado resulta una quimera, este último no puede ser el factor ordenador de la vida social y cultural en el mundo contemporáneo; más bien el mercado requiere de ordenamientos y regulaciones extraeconómicos para poder ofrecer un amplio margen de posibilidades al individuo. Por otra parte, aceptamos el hecho de que, desde un punto de vista postmoderno, podemos encontrar valores reconocedores de las diferencias y de la alteridad, en donde cada cultura cadenciosamente goza de un cierto relativismo cultural, que es factor decisivo para repensar políticamente la situación de las etnias y de los nacionalismos en el mundo contemporáneo. Del mismo modo, no podemos ni debemos anteponer ni abandonar los principios de la integridad y dignidad de las personas frente a cualquier proceso de pluralismo y asimilación cultural sustentados en un esencialismo per se: la existencia y vigencia de los Derechos Humanos, herencia moderna que debemos preservar, es una contribución decisiva, que el carácter ecuménico e histórico del Concilio Vaticano II ha sabido asimilar y reconciliar con el espíritu cristiano de solidaridad, que estamos celebrando en estas jornadas.

revista  **CENTRO
GUMILLA**

*58 años de análisis, información y reflexión
pensando en Venezuela.*

Suscripción:	Venezuela:	Bs. 3.000
(10 números al año)	América Latina:	US\$. 30
	Otros países:	US\$. 35

Edificio Centro Valores, local 2 - Esquina de La Luneta
Apartado 4838 - Te. 563.50.96 y 563.60.96
CARACAS 1010-A - VENEZUELA